

1280

MANTILLA P, B.

1955

La Filosofía de Pitágoras

Por B. MANTILLA PINEDA

— Para "UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA" —

Dedico este ensayo a Werner Jaeger, insigne historiador y filósofo de la cultura griega, con mi más alta admiración.



ODAVIA no se ha justipreciado en toda su significación el siglo sexto anterior a la era cristiana. Sin desasirse completamente de la barbarie, pugna ese siglo por consolidar e incrementar las culturas secundarias de primer grado regadas como islo-tes en el viejo mundo asiático y mediterráneo. Surge en ese entonces un despertar primeval, un asombro del mundo y de sí mismo, y un denodado encararse racional con los problemas que plantean las dos grandes instancias del Universo: la naturaleza y la conciencia.

A ese siglo, cuyo resplandor nos llega, como de estrella desaparecida, a través de todas las contingencias históricas, pertenecían entre muchos otros Confucio, moralista y sociólogo, y Laotze, metafísico y místico, en la China; Zoroastro, genio religioso, en Persia; Buda en la India; el deuterio Isaías en Palestina; Pitágoras, en Grecia; Servio Tulio, en Roma.

A ese tiempo de maravilloso despertar de la humanidad para recrear los fundamentos imperecederos de la estirpe racional, a saber: la ciencia, el arte, la religión, la moral, el derecho y la organización del Estado, Karl Jaspers ha dado recientemente el nombre de "tiempo-eje". El tiempo-eje es el punto en que quedan atrás las altas culturas prima-

rias, enigmáticas y bárbaras, y en que germinan las simientes de una nueva humanidad, próxima y similar a la nuestra. "Este eje de la historia universal, escribe Jaspers, parece estar situado hacia el año 500 antes de Jesucristo, en el proceso espiritual acontecido entre los años 800 y 200. Allí está el corte más profundo de la historia. Allí tiene su origen el hombre con el que vivimos hasta hoy"¹.

I.—PERSONALIDAD DE PITÁGORAS.

En el siglo sexto antes de nuestra era pisamos firme terreno histórico, aunque el padre de la historia —Heródoto— no aparece sino un siglo más tarde. Poseemos documentos que nos permiten penetrar en el conocimiento verosímil de personajes y eventos. La vida entera de Pitágoras encaja dentro de una época turbulenta de invasiones y conmociones sociales de fecunda significación para la ciencia y la filosofía occidentales. Los griegos de Jonia emigran a la Grecia insular y peninsular llevando consigo la levadura de la organización social y del saber que han de distinguir para siempre al hombre europeo del asiático.

La vida de Pitágoras, si bien se envuelve en la fábula y la leyenda no se disuelve en ellas. La crítica histórica ha logrado reconstruir casi en su totalidad la persona legendaria de nuestro héroe. Entre sus maestros se cuenta Ferécides, contemporáneo de Tales de Mileto. Sediento de saber e imberbe aún, parece fuera de duda haber emprendido viaje a Egipto. Grande y decisiva es la influencia ejercida por los viajes en los pensadores de todos los tiempos. El contacto con nuevas gentes, ideas y horizontes, enriquece y estimula el pensamiento. En Egipto trató a soberanos y pontífices, inquiriendo de ellos la sabiduría arcana y arcaica. En Menfis, con los sacerdotes de Ra, durante veinte años, asimiló la ciencia milenaria de los egipcios. Pero en ese entonces aconteció la invasión de Cambises, rey de los persas, y Pitágoras, en compañía del colegio sacerdotal, fue transportado a Babilonia en calidad de cautivo. Doce años duró el cautiverio. Pitágoras lo aprovechó estudiando nuevas costumbres y formas de vida social. De Babilonia regresó a su isla natal de Samos, pero solamente por breve tiempo, porque el movimiento migratorio de los jonios del Asia Menor lo empujó al golfo de Tarento, en la Magna Grecia, donde fundó la comunidad pitagórica de Crotona².

Pitágoras puede considerarse ante todo como un aristócrata del espíritu, como un sacerdote de la élite intelectual. La naturaleza y el hombre lo atraen, lo atan y subyugan. Un sentimiento cósmico tiembla en su pecho y lo estrecha con el mundo y el destino humano. Las mismas leyes que rigen el "macrocosmos" deben regir el "microcosmos",

ya que el hombre no es más que una síntesis del Universo, como la gota de agua una partícula consubstancial del océano. En un mundo de revueltas sangrientas, de odios encarnizados, de brutales distinciones, Pitágoras proclamó la fraternidad de los hombres y el destronamiento de las fuerzas demoníacas de la ignorancia y del apetito concupiscente. Le repugnaban igualmente la esclavización del hombre y la prostitución de la mujer. Pero impotente para alcanzar la liberación espiritual del hombre por medio de la constitución política, la persiguió por el orden del conocimiento. Su saber es primordialmente saber de salvación. El pitagorismo fue un movimiento filosófico nutrido de mística, moral y derecho. Al pitagórico Lysis se atribuye la frase que Pitágoras "pensó que es más agradable instruir a los hombres que engañarlos".

El divino Pitágoras, como lo llamaban sus discípulos, es una de las personalidades extraordinarias de la historia de la filosofía. Su austeridad y sabiduría, su pureza de costumbres y su amor no fingido a todos los seres, su fuerza moral y su intuición intelectual, irradiaban a través de su semblante y figura como un carisma irresistible. "Era, la de Pitágoras, escribe Erwin Rohde, una personalidad atrayente y central, en torno a la cual cerraban filas los componentes de su comunidad, como arrastrados por una necesidad interior. Desde muy pronto el fundador de la liga de Crotona cobró a los ojos de quienes lo veneraban la talla de un superhombre, único, y a nadie comparable"³.

El carisma pitagórico ha sido evocado en palabras sugestivas y convincentes por Eduardo Schuré de la manera siguiente: "El envolvía de gracia a la austeridad de sus enseñanzas. De su sabiduría se escapaba una llama comunicativa. La belleza de su semblante, la nobleza de su persona, el encanto de su fisonomía y de su voz acababan de seducir. Las mujeres le comparaban a Júpiter. Los jóvenes a Apolo hiperbóreo. Cautivaba, arrastraba a la multitud, muy admirada al escucharle, de sentirse enamorada de la virtud y de la verdad. Cuando hablaba, sus ojos graves y lentos se posaban sobre el interlocutor y le envolvía en una cálida luz. El aire a su alrededor, parecía volverse más ligero e intelectualizarse todo"⁴.

II.—TEORIA DE LOS NUMEROS.

El problema de los presocráticos era en definitiva uno solo: reducir la pluralidad infinita de las cosas que caen bajo los sentidos a la unidad exigida por la razón; forzar al caos a ofrecer el cosmos. También Pitágoras se hizo cargo del debatido problema; pero en vez de inquirir el principio material de todas las cosas dentro del orden sensible

como lo hacían los filósofos milesios, fijó su mirada en el mundo inteligible, en la esfera de los objetos ideales ajenos al tiempo y al espacio. Lo característico y casi exclusivo del pitagorismo es la teoría de los números. Según sentencia pitagórica auténtica todas las cosas no sólo poseen números, sino que son números.

El descubrimiento del número representa en el proceso del conocimiento un grado sumo de abstracción para cuya consecución deben haber transcurrido períodos luengos de preparación y desarrollo mental⁵. La especulación egipcia era en parte una descifración de los números y de las figuras geométricas, pero todavía ligada demasiado a menesteres prácticos. Creían en el secreto cabalístico y simbólico de los números, los chinos, los hindúes, los caldeos y hebreos. Pitágoras trasplantó a Occidente, con modificaciones indispensables, la doctrina asiática de los números y puso con ella la base de todos los idealismos de la historia de la filosofía desde Platón hasta Husserl. Y lo que es más grave: introdujo la hipóstasis, "la atribución de entidad a un concepto puro", el salto de lo meramente lógico a lo real y existencial. "La hipóstasis, dice Angel Vassallo, es la esperanza secreta de la ontología tradicional"⁶. El gran sistema del mundo, según la filosofía pitagórica, reposa sobre ciertas bases de armonía que se expresan por números, y de la cual el ser, la forma y la acción de todas las cosas son una consecuencia natural. No se convierte de esta manera el número en entidad metafísica primaria e incondicionada? El pitagorismo traspasa el plano sensible para explicar el Universo por entidades metafísicas. "Los pitagóricos, ha dicho Hegel, tuvieron la audacia de destruir de un golpe todo el mundo sensible y de considerar el pensamiento como la esencia del universo".

La teoría de los números se presenta en el pitagorismo bajo un triple aspecto: matemático, filosófico y esotérico. Parte pertenece sin duda al propio Pitágoras y parte a sus discípulos. Los pitagóricos analizaron las relaciones existentes entre determinados números y determinadas figuras geométricas. La relación fundamental de los números es la de par e impar. A la unidad y a ciertos números pares, como el 6 y el 10, que a la primera bisección dan impares designaban con la denominación de "par-impar". Los números impares representan la determinación y los pares la indeterminación. El uno o mónada es la determinación absoluta. El punto tiene una dimensión, la línea dos, la superficie tres y el sólido cuatro. El punto, tan pequeño como se imagine pero determinado, origina la línea, ésta, a su vez, más lo indeter-

minado, da la superficie; esta última por fin, uniéndose con lo indefinido, da lo sólido.

Los pitagóricos vieron también en los sonidos de la escala musical la expresión de números. "Los acordes musicales, dice E. Bréhier (cuarta, quinta, octava) so representados por relaciones numéricas simples, a saber:

$\frac{2}{1}, \frac{3}{2}, \frac{4}{3}$, pudiendo además, establecerse una cierta pro-

porción, llamada proporción armónica, que contiene a los tres. Es la proporción 12:8:6, en que la mediana es inferior a la mayor en un tercio de ésta y superior, análogamente, a la menor en un tercio de esta

menor: $8 = 12 - \frac{4}{3} = 6 + \frac{2}{3}$ ". La música es la aritmética que entra por los oídos, así como la geometría es la aritmética que entra por los ojos.

El aspecto filosófico de la teoría de los números se encuentra en las divagaciones acerca de lo que pudiéramos llamar la intuición de la unidad trascendental, de la indivisibilidad de los seres. El ser y el uno son idénticos parece decirnos Pitágoras antes que Platón, Plotino, San Agustín o Espinoza. Recogiendo la enseñanza pitagórica de la unidad del ser, dice Federico Macé: "Sólo podemos llamar ser a lo que es uno. Por lo tanto, la armonía es la ley misma de la unidad... Todo ser vivo está sujeto a esta ley, pues vida es armonía. El mundo entero no existe más que por la armonía y constituye, por sí mismo, como decía Pitágoras, una armonía. Y Dios mismo no es, también, más que la armonía suprema, el acuerdo fundamental que existe entre todas las cosas distintas, diferentes y contrarias dentro de la unidad universal. Si es verdad desde luego, que no conviene confundir completamente esta armonía trascendental con Dios mismo, puesto que ella es el efecto y Dios la Causa, constituye por lo menos, la más alta manifestación del Principio Supremo e inconcebible, o si se prefiere, el estado divino".

Consideremos a continuación el aspecto esotérico de la teoría de los números. Pero antes de seguir más adelante, demos una ojeada general:

0 = Naturaleza.

1 = Mónada absoluta = Dios.

2 = Duada, espíritu-materia = ley binaria de la naturaleza.

3 = Triada, macrocosmos y microcosmos = ley ternaria constitutiva de la naturaleza.

4 = Tétrada, suma del principio material y divino.

5 = Elementos materiales: fuego, aire, agua, tierra y éter.

- 6=Primer número par cuya bisección da el primer número impar creado.
 7=Triada-tétrada = gran ley constitutiva de la naturaleza.
 8=Suma de la tétrada consigo misma.
 9=Es el cuadrado del primer número impar creado: 3.
 10=Es la suma de los cuatro primeros números: 1, 2, 3, 4 = 10; contiene las virtudes de todos los números y representa el principio activo coeterno.

El Uno —Mónada— es un principio absoluto ajeno al tiempo y al espacio; es un principio que contiene virtualmente todos los seres y todas las cosas; es la fuente sempiterna de lo real y de lo posible. Extraños al concepto de creación —concepto de factura hebrea—, los pitagóricos veían en el universo, en el mundo externo, otra unidad, pero no absoluta sino significativa. La representaban con el cero, con lo carente de valor por sí mismo, con lo neutro. De ahí que el número diez, la década, que se representa con la unidad más el cero, es decir, Dios más la naturaleza, constituyera el Gran Todo. La década es el número perfecto, símbolo de una armonía nueva y absoluta contenida en la finalidad de las causas.

El uno, la oposición límite-ilímite, finito-infinito, definido-indefinido, o como se quiera llamarla, es la condición de lo otro, de la duada. La duada se manifiesta en la naturaleza como la ley binaria de espíritu y materia, luz y tinieblas, femenino y masculino, etc. Con la duada nace la oposición de los contrarios tan famosa en los anales del pensamiento filosófico.

La triada es la manifestación de Dios en el espacio y el tiempo, en la naturaleza física y humana. El microcosmos es la imagen diminuta del macrocosmos. Símbolo de la triada era el triángulo, figura geométrica cuya base se asienta en las profundidades de la eternidad y cuyo vértice se levanta como signo de unidad. El macrocosmos resulta así una Unidad vivificada por el aliento divino que lo penetra.

La tétrada es la suma de los atributos comunes al macrocosmos y al microcosmos y de la Mónada o unidad originaria. Era el número evocado solemnemente en el juramento de los iniciados. En los famosos "Versos de Oro" atribuidos a Pitágoras y traducidos admirablemente al francés por Fabre d'Olivet, filósofo del siglo XVIII, tenemos la fórmula sacramental de dicho juramento:

*"La Tétrade sacrée, immense et pur symbole,
 Source de la nature et modèle des Dieux".*

El número cinco se revela en los elementos materiales tan en boga en la física griega de la antigüedad: fuego, tierra, agua, aire y éter.

El número siete, producto de la suma de la triada y de la tétrada, era la cifra de los iniciados. Representa una de las grandes leyes de la naturaleza: hay siete sonidos fundamentales, siete colores en el espectro solar, siete orificios en la cabeza humana, siete planetas (regidos por la ley de Bode), etcétera.

El número nueve es la raíz cuadrada de tres, del primer número impar creado. Representaba la justicia por la igualdad que veían los pitagóricos entre la injuria y la reparación, entre la prestación y su contraprestación. La justicia encarna la idea de retribución.

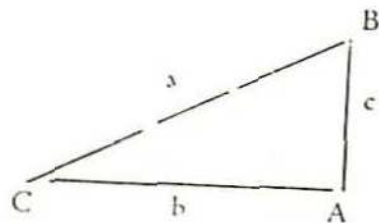
III.—COSMOLOGIA.

La palabra griega "cosmos" significa etimológicamente adorno y orden. En sentido figurado o metafórico fue usada primero para designar la organización de un ejército y la constitución de la "polis" o Estado-ciudad. Luego pasó al campo de la filosofía y de las ciencias. Justamente a Pitágoras se atribuye el empleo de la palabra "cosmos" para designar el conjunto heterogéneo de las cosas unido por una ley universal de armonía. Nosotros usamos aquí la palabra cosmología para designar los estudios pitagóricos relativos al universo y su interpretación matemática, a sabiendas de que nos apartamos del contenido de la disciplina metafísica del mismo nombre.

Toda la ciencia pitagórica se divide en: aritmética, armonía musical y teoría de las magnitudes, incluyendo la geometría y la astronomía. Por supuesto, la ciencia a que nos referimos se limita a un conjunto de hipótesis, nociones generales, principios y axiomas. Pitágoras y sus discípulos son indudablemente los propulsores de las ciencias en el mundo antiguo. Lo extraordinario del pitagorismo no consiste tanto en sus realizaciones científicas cuanto en su genial interpretación matemática de los fenómenos de la naturaleza. Las ciencias modernas a partir de Galileo reconocen que el universo está escrito en lengua matemática.

A la escuela pitagórica pertenecen algunos elementos de aritmética y de geometría plana y del espacio que figuran desde hace más de dos mil años en el haber universal de la ciencia. La tabla de multiplicar que aprendimos de niños en la escuela, se atribuye tradicionalmente a Pitágoras. Lo mismo ocurre con el célebre teorema, según el cual el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los dos cuadrados de los otros dos lados. Al novicio en la orden pitagórica se le sometía

a prueba de aislamiento y a resolver por su cuenta, en silencioso meditar, el precitado teorema con el cual hoy todos estamos familiarizados.



$$a^2 = b^2 + c^2$$

En la geometría del espacio, los pitagóricos descubrieron los cuatro sólidos regulares, esto es, los cuerpos que tienen caras iguales y ángulos iguales. Dichos cuerpos, hoy tan familiares, son el tetraedro o pirámide de cuatro caras; el cubo, de seis caras; el octaedro, de ocho caras, y el icosaedro, de veinte.

Las matemáticas aguzaron el espíritu de los pitagóricos en tal forma que hoy asombran sus geniales atisbos científicos. Inspirados por la idea matemática de que la esfera es la figura perfecta, los pitagóricos afirmaron que la tierra y los demás cuerpos celestes eran esferas. Y lo que es más sorprendente, Pitágoras y Filolao concibieron el sol como centro del Universo. El aristotelismo representa en este punto un retroceso y paralización. Pitágoras, dice el astrónomo José Comas Solá, "enseñó la esfericidad de la Tierra y del Sol, la oblicuidad de la elíptica, la identidad de las estrellas de la mañana y de la tarde (el planeta Venus), admitiendo que los planetas y los cometas daban vueltas alrededor del Sol, que la Luna es un cuerpo parecido a la Tierra, que las estrellas son soles muy lejanos que iluminan astros habitados. El pitagórico Demócrito dijo también que la Vía Láctea estaba compuesta de estrellas muy alejadas de la Tierra, y el propio Pitágoras afirmó que la Tierra giraba alrededor de un eje que pasaba por su centro, y además que daba vueltas alrededor del Sol, como los otros planetas. Según se ve, las previsiones geniales de los pitagóricos, entre los cuales debe recordarse a Filolao, no podían ser más exactas, a pesar de lo cual no tuvieron eco por la imposibilidad de generalizarse la creencia de que la tierra pudiese ser esférica y de que no estuviera en reposo".

En el estudio de los movimientos celestes, Pitágoras encabeza la serie de los grandes constructores de Universos, es decir, de Ptolomeo, Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Einstein.

Al par que el Macrocosmos, los pitagóricos estudiaron el Microcosmos, el mundo maravilloso de la vida cuya cima de perfección es el hombre. Alcmeón de Crotona, discípulo de Pitágoras, inició la práctica de la disección de seres vivos, descubriendo los nervios que van del cerebro a los ojos y las vías de comunicación entre la boca y los oídos. Empédocles de Agrigento, filósofo, sacerdote y mago, sostuvo que el corazón es el centro del sistema de vasos sanguíneos. El Microcosmos, como el Macrocosmos, obedece a la ley universal de armonía. No es pitagorismo genuino el imperio del Amor y la Discordia en todas las cosas de que hablaba Empédocles?

En síntesis, tenemos que reconocer que se trata de un movimiento científico extraordinario, puesto que Pitágoras y los que crecieron bajo el influjo bienhechor de su pensamiento, impulsaron el conocimiento por el derrotero de las ciencias exactas. Esto resulta de una importancia imponderable, cuando recordamos que en astronomía, en física, en biología, etc., hay necesidad de expresarse en fórmulas matemáticas. En el mismo campo de la filosofía nos encontramos con la lógica simbólica, vieja inspiración de Raimundo Lulio y Leibnitz, llevada a feliz término por los ingleses A. N. Whitehead y Bertrand Russell, y por los italianos Giuseppe Peano y Alejandro Padoa. Con el aparato de las matemáticas, la concepción lógica adquiere mayor claridad.

IV.—ÉTICA.

La doctrina de Pitágoras incluye una regulación de la vida humana; además de teoría o contemplación desinteresada de las cosas, es praxis o dirección de la conducta; es conocimiento del bien supremo y guía seguro en la consecución del mismo. Es ética o lo que es lo mismo, normatividad de la acción. La ética, la definiría un pitagórico, como la armonía consigo mismo y con el Universo.

Pitágoras dio a la vida una peculiar conformación basada en principios ético-religiosos. El secreto de su extraordinaria personalidad era la pureza ética, la vida en armonía con las aspiraciones nobles del alma. En la comunidad pitagórica la ética valía tanto como las ciencias. La cólera, el orgullo, la soberbia, son incompatibles con la virtud y la ciencia. Las tres vías de la ética pitagórica eran preparación, purificación y perfección.

La ética pitagórica es ascética; es ética de negación y renunciamiento. Tenía como principio la creencia en la metempsicosis. Sobre el origen de la metempsicosis parece discutible que se trata de una creencia oriental que fue divulgándose en Grecia a través del orfismo.

Erwin Rohde sostenía que la creencia en la preexistencia y peregrinación de las almas procedía de la psicología popular griega transformada por los teólogos y sacerdotes catárticos, pero sobre todo por el orfismo.

En la ética pitagórica no se busca reeducar moralmente el alma ni de mejorarla, sino de conservarla pura y libre de las fuerzas extrañas del mal. Para conseguir este fin el hombre tiene que observar una serie de ritos y purificaciones. En el legalismo justamente pierde la ética pitagórica la esencia del acto moral. Cuando una ética hace énfasis en fórmulas externas, claudica en su misión íntima de obtener el bien.

El respeto a todo género de vida animal, la lealtad entre amigos, la fidelidad conyugal, la piedad filial, inculcados por el pitagorismo son normas éticas altísimas cuya observación constituyen por sí solas la base del orden moral en toda sociedad civilizada.

En la constitución política Pitágoras aspiró a la supremacía de la aristocracia del pensamiento, buena en principio, pero contraproducente cuando pierde de vista la elevación moral e intelectual de las masas. Una casta intelectualoide vanidosa en el poder es tan peligrosa como una pandilla de mediocres e ignorantes. La educación para el ejercicio del poder en el Estado es desde la antigüedad hasta la época presente el problema de mayor envergadura ética y al cual la sociedad no ha dado jamás la atención que merece. La falta de educación de los hombres que han de ejercer el poder del Estado es la gran falla de las democracias antiguas y modernas. El gobernante es un tipo de hombre escaso en todos los tiempos de la historia, pero el más necesario para la marcha normal de los Estados y de las relaciones internacionales.

V.—INFLUENCIA DE PITAGORAS.

Pitágoras ha influido en los filósofos griegos posteriores más de lo que parece a simple vista. Basten aquí algunas indicaciones breves y generales. De puño y letra del maestro no quedó escrito alguno. Como los grandes moralistas antiguos, Sócrates y Buda, tampoco Pitágoras escribió sus enseñanzas. Parece fuera de duda que alrededor del año 545 a. C., fundó en Samos la Orden Pitagórica, vale decir, la primera asociación filosófica con fines pedagógicos. El conocimiento de la doctrina pitagórica lo debemos principalmente a Filolao y Lysis, quienes recogieron y transmitieron unas cuantas gavillas de la mies del filósofo de Samos. Pitagóricos fueron Empédocles, Timeo de Locres, Sócrates, Platón, Plotino, San Agustín, etc. A través de los pitagóricos, cuyo espíritu florece en cada primavera de la historia de la filosofía, fluye la ciencia y la mística, que se mezcla en la diafanidad de los diá-

logos de Platón, en la hondura de la enciclopedia de Aristóteles y, según eruditas investigaciones modernas, en la ascética cristiana.

La teoría de las ideas es en cierto modo la versión platónica de la teoría de los números del pitagorismo. Se dice que Platón compró por cien minas los escritos de Filolao y que con ellos redactó el *Timeo*. La cosmogonía expuesta en el "*Timeo*" lleva la impronta pitagórica. "Platón, dice Navarro Monzó, reconoce en el diálogo *Filebe*, sus deudas al pitagorismo. Estas por otra parte, resultan evidentes en la lectura del *Fedón* y *Gorgias*, el primero de los cuales está dedicado a la congregación pitagórica de *Flionte*"⁹.

El mismo Aristóteles, no obstante su crítica sutil y a veces mordaz de sus predecesores, paga tributo al pitagorismo. El libro XII de la *Metafísica* trasluce dicha influencia. Las nociones de esencia, acto y potencia, ya habían sido enunciadas por los pitagóricos.

En el siglo I a. C. encontramos la renovación del pitagorismo con las mismas notas antiguas de interpretación matemática del mundo y de normatividad de la conducta. Dentro de ese movimiento renovador aparece luego Moderato de Gades, contemporáneo de Plutarco, para quien las formas de la realidad son grados diversos del Uno primitivo. Primero es el Uno, luego la Inteligencia, en tercer lugar el Alma, y por debajo la diáda o materia, que no participa en las ideas sino que está ordenada a su imagen. El neo-pitagorismo leuda las filosofías sincréticas, tan en boga en los primeros siglos de nuestro evo, que abonaron el terreno espiritual para el florecimiento de la filosofía plotiniana.

Mezcla de religión y filosofía, la doctrina de Plotino encara el problema de la realidad de la misma manera que el platonismo y pitagorismo. En lo que tiene de religión la filosofía plotiniana traza una línea divisoria entre lo puro e impuro, y en lo que tiene de racionalismo griego se esfuerza en explicar conceptualmente las jerarquías del ser. El Uno plotiniano es la nueva versión de la Mónada pitagórica y del Bien platónico. El Uno no es especie ni género próximo ni género supremo, sino lo Absoluto, lo Incondicionado y lo Eterno, sin cuya virtud no puede haber ni géneros ni especies.

Con Plotino tenemos el eslabón que une la gran filosofía helénica de tipo idealista con la corriente de misticismo que fluye en el cristianismo medieval. La influencia plotiniana en San Agustín ha sido demostrada más de una vez por los biógrafos del insigne Obispo de Hipona y por los historiadores de la filosofía patristica. Cuando San Agustín habla en sus escritos filosóficos de la música, escuchamos el lenguaje de Plotino y de Pitágoras. Suena de nuevo la armonía de las esferas...

Los grandes místicos cristianos del medievo andan siempre cerca de lo Uno, paladeando la dulzura y armonía infinitas del Bien. Platonismo y pitagorismo en versos castizos respira la oda famosa de Fray Luis de León al músico salmantino Francisco de Salinas.

Fue la filosofía pitagórica del Renacimiento italiano la que iluminó, según propia confesión, el cerebro de Copérnico antes de atreverse a poner el sol como centro de nuestro sistema planetario contradiciendo la ciencia aristotélica de la escolástica. También Kepler "estaba persuadido de que el orden y disposición del mundo y sus partes había de corresponder a una concepción abstracta de lo bello y lo armonioso y que, además, había de poderse expresar en forma numérica y geométrica" ¹⁰.

Pero para no volver este punto cuento de nunca acabar, citemos la ley ternaria constitutiva de la naturaleza rediviva en Hegel. Y nada menos que en Hegel. La triada pitagórica es la unidad del macrocosmos y microcosmos, es la superación de los contrarios y es la ley ternaria constitutiva de todas las cosas, con validez lógica y ontológica. La triada es el sello de la divinidad manifestada en la Naturaleza. Remontando los siglos, el método dialéctico de Hegel hincó en la triada pitagórica. La idea en sí, la idea fuera de sí y la idea que vuelve en sí, son los tres momentos dialécticos que encierran para Hegel el orden de las ideas que es el mismo de las cosas.

Preguntado un día Pitágoras si era sabio, contestó: "Nosotros dejamos a los soberbios el título de sabio, esforzándonos en merecer el nombre más modesto de filósofo". Así tuvo origen la palabra filosofía, sobre cuyos hombros pesan hoy veinticinco siglos de edad. Entre los griegos de la Jonia, en el Asia Menor, surgió con Tales de Mileto el gran problema filosófico: qué es el ser (τί τὸ ὄν); y entre los mismos griegos jonios nació con Pitágoras el nombre de filosofía (φιλοσοφία). Primero son las cosas, después los nombres. No está fuera de lógica conceder a Pitágoras la paternidad de la filosofía. Salve Pythagoras, patris philosophiae!



BIBLIOGRAFIA

1. *Origen y meta de la historia*, K. JASPERS, p. 7, Rev. de Occidente, Madrid, 1949.
2. *La sabiduría pitagórica*, FEDERICO MACÉ, ps. 13 y sig., Madrid.
3. *Psique*, ERWIN ROHDE, p. 201, F. C. E., México, 1948.
4. Citado por FEDERICO MACÉ en *La sabiduría pitagórica*, p. 26.
5. *Science and modern world*, A. N. WHITEHEAD, p. 30, Macmillan Company, New York, 1946.
6. *Nuevos prolegómenos a la metafísica*, ANGEL VASSALLO, p. 40, Ed. Losada, Bs. Aires, 1938.
7. *Historia de la filosofía*, E. BRÉHIER, vol. I, p. 100, Ed. Sudamericana, Bs. Aires, 1944.—*Las etapas de la filosofía matemática*, LEÓN BRUNSCHVIG, p. 59, Lautaro, Bs. Aires, 1945.
8. *Astronomía*, JOSÉ COMAS SOLÁ, p. 10, Sopena, Barcelona, 1939.
9. *La búsqueda presocrática*, JULIO NAVARRO MONZÓ, p. 70, Montevideo, 1926.
10. *Historia de la ciencia*, CH. SINGER, p. 220, F. C. E., México, 1945.

1502. MANTILLA PINEDA B., *La filosofía de Pitágoras*: UAnt 31 No. 122 1955 373-385.

La personnalité et l'œuvre de Pythagore présentées à un public non spécialisé: la théorie des nombres, la cosmologie, l'éthique et la politique; l'influence exercée par Pythagore sur ses successeurs immédiats et la pensée occidentale en général.